

FILMS DE AMOR

FLOR DEL DESIERTO



Selección

50
cts.

RONALD COLMAN - VILMA BANKY

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Vaiencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO III

NÚM ext.

Flor del desierto

Adaptación literaria de la película del
mismo título, interpretada por los
célebres artistas del séptimo arte

**RONALD COLMAN
Y VILMA BANKY**

.....
E X C L U S I V A



.....
Rambla Cataluña, 62 Barcelona
.....

.....
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

REPARTO

Víctor Holmes **Ronald Colman**
Bárbara Worth **Vilma Banky**
Jerónimo Worth **Charles Lane**
Andrés Lee **Cary Cooper**

Narración: MANUEL NIETO GALÁN

PRIMERA PARTE

Como un manto de tisú blanco, se extendían con límites infinitos, al pie de las montañas de Colorado, los vastos arenales del desierto, que el hombre cruza atraído por la riqueza, esa sirena de dulce voz y abrazo muchas veces letal.

Bajo aquel sol de castigo, que convierte la amplia planicie en un infierno, una pequeña familia del Este, buscadora de más grato hogar, vió ennegrecer los colores de su iris de esperanza.

En una de esas pequeñas carretas que cruzan de vez en cuando aquel mar de fuego, una pobre mujer, joven todavía, lloraba desconsoladamente la perdida de su esposo, que acaba de morir.

En medio de su amargura infinita, aun tu-

vo fuerzas suficientes para hacer un hueco caritativo donde enterrar el cuerpo del hombre amado. Al terminar su tétrica tarea volvió de nuevo al carro y de las tablas de la cuna de la muñeca, con que jugaba inconsciente del dolor materno, una niña de dos años, hizo una cruz que colocó sobre la tumba que acababa de hacer.

Hasta entonces, una fuerza misteriosa, ajena a su voluntad, la sostuvo; pero al llegar a aquel momento cayó vencida y durante largo rato permaneció llorando sobre la fosa que conservaba aquella vida que acababa de extinguirse.

En la misma senda del desierto, junto a los ya casi agotados pozos, el equipo de viaje de Jerónimo Worth, hacía provisión de agua para terminar la jornada que aun les quedaba por caminar.

Con este equipo viajaba un hombre de bastante edad, llamado Enrique Lee, pero conocido por todos con el sobrenombre de "El Vidente" y su hijo Tomás, encargado del habitualamiento de todo el equipo, quien acercándose al jefe, le dijo:

—Si viera usted, señor Worth, lo baja que está el agua...

—Lo sé, Tomás; pero creo que tendremos lo suficiente para lo que nos queda de camino.

"El Vidente", con la mirada perdida en el infinito y como si por su cerebro pasase, convertido en realidad, el pensamiento que lo atenazaba, contestó:

—Si pudiéramos traer aquí agua, haríamos de este inmenso erial uno de los más bellos jardines de la tierra.

También para Worth era aquella una idea obsesiónante y respondió a las palabras del anciano diciendo:

—¡Quién sabe si podremos hacerlo algún día!

—Sería ésta una obra digna de los hombres. Convertir toda esta tierra estéril en un manantial de riquezas...

Tomás había dejado a los dos hombres entregados a sus pensamientos y se encaró con el encargado de llenar las barricas de agua, y le dijo, reprendiéndole:

—¡No los he visto más haraganes que tú, Patricio! ¿No te he dicho que llenes la barrica hasta el borde?

—Ya está bien — repuso éste. — ¿Qué importa, entre amigos, una pulgada más o menos de agua?

—No una pulgada, una gota, te parecerá el Océano Pacífico antes de que salgamos del desierto—volvió a decirle Tomás. Y tomando el cubo en que acababan de beber las mulas, eehó el resto en la barrica que casi había lle-

nado de agua Patricio, quien exclamó al ver lo que hacía su amigo:

—¿Crees que voy a beber las sobras de los mulos?

—Nunca he oído a los mulos protestar cuando se beben las tuyas. ¡Ni siquiera cecean como tú!

—¿Vas a insultarme, gorgojo? — exclamó Patricio abalanzándose sobre Tomás; pero los dos eran buenos amigos y lo que parecía que iba a terminar con una lucha mortal, dió fin con una simple pelea en broma.

Hecho ya el aprovisionamiento de agua, la caravana se puso nuevamente en marcha y a las pocas horas un viento caluroso empezó a azotar el rostro de los viajeros.

—¡Esas endiabladas nubes de polvo nos darán un mal rato antes de la noche! — exclamó Worth.

En efecto, el viento comenzó a soplar cada vez con mayor fuerza, hasta amenazar en convertirse en un formidable huracán.

—¡Ya tenemos la tempestad de arena! — dijo Worth. — ¡Busquemos en seguida dónde cobijarnos!

Pero en medio de aquel arenal era inútil querer adelantar el paso de las caballerías.

Las ruedas de los carros se hundían hasta los ejes y era más que imposible el esfuerzo



Durante largo rato permaneció llorando sobre la fosa.

que hacían las pobres bestias para continuar su marcha con desesperante lentitud.

—¿Cuánto puede durar esto, Tomás? — preguntó Patricio a su amigo, considerándolo más entendido que él en este aspecto.

—¿Quién es capaz de adivinarlo? Igual pude de acabar a las tres horas que a los tres días.

Esta misma tempestad de arena que sorprendió al equipo Worth amenazaba también a la pobre viuda y a su hijita.

Los caballos que tiraban de su carreta, enloquecidos por el silbar del viento y cegados por la arena, se encabritaban, negándose a obedecer la débil resistencia que la infeliz mujer oponía, hasta que por fin rompieron los tiros del carro y huyeron despavoridos.

Las nubes de arena eran cada vez más imponentes; sobre el débil carroaje se fué amontonando y la infeliz mujer, ante el temor de que su pequeña muriera sepultada, corrió también en busca de refugio donde resguardarse, hasta que al fin cayó desvanecida, apretando a su hijita contra su cuerpo.

No duró tres días aquella tempestad y tras el despiadado azote del viento ululante, sobrevino una repentina quietud, una calma atrozmente angustiosa.

El equipo Worth continuaba su marcha, hasta que encontraron, medio deshecha, la ca-

rreta que momentos antes había sido abandonada. Distinguieron a lo lejos un bulto sobre la arena, y cuando llegaron a él quedaron sorprendidos ante el cadáver de la pobre viuda, sobre el que la niña lloraba diciendo, en su media lengua:

—Mamá, no duermas tanto... Nena tiene sed.

En vista de que aquella vida se había extinguido para siempre, recogieron a la que empezaba a alborear y el desierto tuvo una víctima oculta entre sus entrañas de fuego.

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

BEN-HUR

y que ha consagrado al joven actor

RAMON NOVARRO

Solicite ejemplares antes que se agoten a
BIBLIOTECA FILMS, Apartd. 707. Barcelona

50 cts.

SEGUNDA PARTE

Ajeno a la vida de los hombres, el tiempo siguió su curso natural y, transcurridos quince años, sin que el páramo llegase a ser conquistado y continuando eternamente abrasada por la hoguera del sol su infecunda planicie.

Como una flor del desierto, fué creciendo Bárbara, la niña a quien el desierto dejara al mismo tiempo huérfana y le diera un padre adoptivo en el bondadoso Jerónimo Korth.

En un estado de completa ingenuidad, llegó a ser mujer, sin comprender que el afecto fraternal que sentía por Andrés, el hijo menor del "Vidente", era en él, más que cariño de hermano, una fuerte pasión amorosa, que el muchacho no se había atrevido a expresar nunca.

Durante todo este tiempo, un pensamiento



Más que cariño de hermano era en él una fuerte pasión amorosa.

obsesionante atormentaba el cerebro de Worth convertir la vasta y desolada extensión del desierto en tierras de cultivo. ¡Cuántas veces contemplaba silencioso todo aquel terreno inculto, como si contemplase en su imaginación el aspecto que deberían ofrecer las tierras yermas después de varios años de regadío. Veía campos eternamente verdes, canales rumorosos, en los que el agua parecía reír, caminos orlados de altos árboles, casitas blancas...

Para ello bastaba tan sólo con desviar de su cauce normal las aguas del río Colorado.

No se le ocurría a Worth y al "Vidente" ello hacía falta mucho dinero y hombres que supiesen llevar a la práctica la grandiosa idea que habían concebido.

En el límite del calcinado arenal habían levantada una pequeña población, llamada Rubio City, y a diario los dos amigos salían a tomar medidas, datos que les permitiesen ofrecer su idea a alguna importante Compañía.

Fueron quince años de lucha constante, de continuo batallar, pero al cabo de ellos, Worth pareció vislumbrar la victoria en una carta que decía:

"Llego mañana con mi ingeniero Víctor Holmes. Si sus cálculos son exactos y podemos desviar el curso del río Colorado para riegos, suministrare capital necesario.

Jaime Greenfield."

La alegría del viejo por ver, al fin, camino de realizarse sus aspiraciones, no tardó en comunicarse a Bárbara, que le dijo, abrazándolo:

—¡Tu sueño, padre mío, que lo vemos, que lo tocamos ya, convertido en realidad!... ¡El desierto floreciendo en paraíso!

Al día siguiente, tal como había anunciado en su carta, el automóvil de Greenfield atravesaba las arenas de la desolada llanura, bajo un sol de justicia, que hacía pensar en los horrores del infierno.

Sólo la perspectiva de un negocio brillante podía hacer venir a estos parajes a Jaime Greenfield y a su hijo adoptivo Víctor Holmes.

Las ruedas del coche se iban enterrando en las montañas de arena, hasta que llegó un momento, cerca ya de la ciudad, de que el motor resultó impotente para hacer andar al carroaje.

Los dos viajeros se apearon de él, y Ví-

tor, secándose el copioso sudor que bañaba su frente, le dijo a Greenfield:

—¡Y a esto llaman la tierra de Dios!

—Con esta denominación la conocen todos los de aquí. Veremos a ver si nosotros llegamos a lograr que tengan razón en llamarla así—repuso Greenfield.

“El Vidente” y su hijo, que habían visto el percance ocurrido al ingeniero, acudieron en su auxilio; pero pronto llamó la atención de todos el galopar desenfrenado de un caballo que avanzaba hacia ellos.

Cuando sólo faltaban algunos metros para llegar donde estaba el automóvil, el animal se encabritó, dando saltos, sin querer obedecer el freno, y el jinete, que era Bárbara, rodó por el suelo, donde quedó sin conocimiento.

Andrés y Víctor acudieron presurosos a socorrer a la joven, que permanecía inmóvil en la arena.

La belleza de la muchacha hizo en el ingeniero más fuerte el sentimiento de admiración que el de humanidad y permaneció extasiado contemplando aquel rostro de facciones inmaculadas.

Cuando Bárbara recuperó de nuevo el conocimiento, fijó sus ojos en Víctor y le dijo, sonriéndole:

—¡No ha sido nada, muchas gracias! Siento

el haberles asustado... Creí que era mejor amazona...

—Y lo es usted—respondió Víctor—. Nadie hubiera podido sostenerse en el caballo todo el tiempo que usted lo ha hecho.

—Usted, sin duda, no es de aquí, y por eso habla de esa forma—contestó Bárbara, agradablemente impresionada por la varonil figura del ingeniero.

—En efecto, yo soy Víctor Holmes, de la ciudad de Nueva York.

—Entonces... ¿usted es el ingeniero que con tanta impaciencia esperábamos?

—Créame, señorita, que de haber sabido que usted me esperaba, me hubiera apresurado a venir con más anticipación—repuso gallantemente Víctor. Pero ella, sin entender el sentido que encerraban las palabras de Holmes, exclamó:

—Voy corriendo a decirle a mi padre que han llegado ustedes. Tendrá una verdadera alegría en saberlo.

—¿Y no teme usted que pueda derribarla el caballo nuevamente?

—Procuraré que no sea así. De todos modos, no voy a volver a pie hasta mi casa.

Y montando de nuevo en su cabalgadura, hirió los hijares del noble bruto y partió a todo correr hacia la ciudad, para ser portadora de la feliz nueva.

Víctor la siguió con la vista hasta verle perderse en el horizonte y exclamó, como contestando a un pensamiento íntimo:

—¡Ahora me explico que llamen a esto la tierra de Dios!

Andrés, que había comprendido la intención de aquella exclamación, lo miró, reflejándose en su mirada un odio infinito, como adivinando en él a un terrible rival.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis) a **Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona**

TERCERA PARTE

La llegada de los ingenieros había llevado a la casa de Worth a todos los hombres del pueblo, que los aclamaron con frenésies de entusiasmo, como fundadores de un nuevo imperio.

Para festejar su llegada, Worth organizó aquella noche un baile y Víctor y Bárbara fueron la pareja inseparable, sin darse cuenta del dolor que producían al pobre Andrés, que veía destruidas sus más risueñas esperanzas.

Dejaron a los demás bailando y salieron al patio de la casa. Sentados el uno junto al otro, Bárbara no pudo ocultar por más tiempo la admiración que le producía Víctor, y le dijo:

—Ya han visto ustedes con qué cariño han sido recibidos. Aquí se les considera como si fuesen ángeles llovidos del cielo,

—Y, sin embargo, mi misión no puede ser más terrena—contestó Víctor—. Soy el ingeniero de una desalmada Compañía, atenta sólo a hacer dinero.

—No importa, con tal que lleguen a realizar el milagro que se proponen.

—No es nada de milagro. He podido comprobar, por los datos que nos ha facilitado su padre, lo realizable de la idea y yo le prometo que antes de seis meses podrán ser regadas estas tierras y la llanura dejará de ser estéril. Despusé de este tiempo verá usted surgir un verdadero paraíso de este suelo que no produce ni la más pequeña planta.

Víctor no apartaba sus ojos del rostro de la muchacha, iluminado por la luz de la luna, que brillaba en todo su esplendor, y mentalmente trasladó a la joven a uno de los grandes salones de Nueva York, ataviada con todas esas mil filigranas inventadas por la moda para hacer resaltar los encantos femeninos. La vió triunfante entre una multitud que la admiraba y respondiendo a su pensamiento, exclamó:

—¡Qué lástima que viva usted aquí, Bárbara! Su juventud se agotará en este rincón del mundo, como una orquídea en un vaso de arena. Usted debía volar a otras tierras más bellas, más alegres, que las de estas llanuras indómitas.

—Se engaña, señor Holmes. Usted habla así porque no conoce como yo las bellezas del desierto... ¡Es maravilloso, créame!

—¿Bellezas? — preguntó él incrédulamente—. Tal vez en la noche, bajo el claro de luna y teniendo delante el rostro divino de una criatura angelical como usted, pero debía ver las grandes ciudades y que ellas la viesen a usted.

—Concibe usted un encanto mayor que redimir de la infecundidad al desierto, convertirlo en un delicioso vergel?... ¿Cabe mayor poesía que ésta?

—Permitame que le diga, Bárbara, que aquí la única poesía que hay es usted. Si no existiesen las grandes ciudades, ¿qué haríamos con los hombres? Seguirían siendo plantas silvestres, cantos punzadores, entre los que usted no merece ni debe vivir.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Andrés, que vino a despedirse de la joven, diciéndole:

—Hasta mañana, hermanita.

—¿Te vas?—le preguntó Bárbara.

—Sí, ya ha terminado el baile y se ha marchado toda la gente—repuso éste.

—Entonces, hasta mañana, hermano.

Víctor había quedado extrañado de ver que los dos muchachos, siempre que hablaban, lo

hacían en el idioma español, y por lo mismo le preguntó a la joven:

—¿Por qué usted y Andrés Lee hablan siempre en español?

—Porque es el idioma de nuestro desierto. Si lo aprendiera usted, le gustaría.

—¿Quiere usted prestarse a ser mi maestra?—le preguntó bromeando Víctor.

—Si usted lo quiere, no tengo inconveniente—repuso—. Ahora, que le advierto que yo soy una maestra muy severa.

—No me importa, y para que lo vea, empezamos desde ahora la lección. Enséñeme a decir en español que la amo.

Bárbara, que no esperaba una salida de esta índole, quedó sorprendida y sin saber lo que hacia, corrió hacia el interior de la casa. Antes de entrar en ella, Víctor la alcanzó y le rogó:

—Bárbara, si le he causado alguna molestia, le suplico que me perdone.

No contestó la muchacha, sino que entró dentro, y al cabo de poco rato Víctor oyó abrir los cristales del balcón y vió salir a Bárbara, que le dijo, sonriéndole deliciosamente:

—Aquí, sépalo usted, no se aprende a decir que se ama; se aprende a demostrarlo. Buenas noches, señor Holmes.

—Está bien—contestó éste, dándose por enterado de lo que quería decir la muchacha—.



—Es que salimos de la ciudad para siempre.

Mañana salgo para el desierto. ¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta la vuelta, señor Holmes!—se despidió Bárbara, echando los cristales.

Desde el día siguiente, Víctor se dedicó con ardor a dar fin cuanto antes a su tarea.

Habían bastado unas cuantas horas para que su corazón se entregase por completo al amor que en él había despertado Bárbara, y luchaba, más que por la realización del negocio, por el premio que le esperaba a su fin. Estaba seguro de haber comprendido las pa-

labras de Bárbara y una fe le hacia realizar esfuerzos titánicos.

La caricia del desierto, deprimente, extenuadora, dejaba ya sentir sus efectos en Víctor Holmes, cuya garganta, reseca por el calor y la arena, apenas si le permitía continuar la penosa marcha hacia el Colorado.

Uno de los conductores de los carros, al ver el desfallecimiento del neoyorquino, le dijo burlonamente a sus compañeros:

—Lo mejor que haríais sería cuidar de nuestro “delicado” ingeniero. Ya empieza a vencerle el calor.

Andrés quiso aprovechar aquella ocasión para darle una muestra de su superioridad, y se acercó a él para decirle:

—Esto es un poco más duro que la ciudad, señor Holmes.

—Más que duro—respondió el ingeniero.— Esto es una boca de infierno, que será siempre una tumba de humanos. Ustedes lo comprenderían, si no tuvieran los sesos fritos por el sol.

—Puede que nosotros no tengamos sesos— replicó irónicamente Andrés—; pero a usted le falta coraje para seguirnos.

Sin comprender por qué razón, Victor vió en las palabras del muchacho un desafío y la entereza de su carácter no se pudo avenir a aquella inferioridad de ánimo a que lo pre-

tendía someter el indígena, y le respondió, montando de nuevo sobre su caballo:

—¡Yo voy adonde vaya el más animoso de los hombres!

Y la caravana, que como nuevas naves de Colón, iban a descubrir un mundo nuevo, se pusieron otra vez en marcha hacia el río Colorado.

Sin tomarse el menor descanso, Víctor empezó inmediatamente los preparativos de la obra. Inhumana lucha, ardua tarea, labor sin reposo, era el labrar en la arena candente un cauce a las benditas aguas del río.

Otro de los mayores inconvenientes era el aprovisionamiento. Los “elementos de guerra” alimento, agua, materiales de construcción, etcétera, eran conducidos a través del desierto interminable por tiros de veinte mulas, que tardaban días y días en llegar a su destino.

No obstante, Victor no desmayaba. Al contrario, era el más animoso de todos los obreros, y las obras que habían de convertir al arenal en frondosos terrenos de cultivo, adelantaban enormemente.

La ilusión de Holmes era terminar cuanto antes para volver a Rubio City y recoger el premio que tan merecido tenía.

Algunos meses de trabajo fueron suficientes para obtener la primera señal de victoria. El muro de la esclusa gigante, por donde lle-

gara el agua a la tierra sedienta, había sido terminado y el día de su apertura fueron todos los habitantes de Rubio City a presenciar el milagro.

A una voz de Víctor, se abrieron las pueras, y el agua, como reguero de oro, recorrió toda aquella tierra que por vez primera conoció la caricia húmeda de este líquido.

Para Víctor, la mayor alegría entre todas fué la de poder ver de nuevo a Bárbara, que había ido con su padre. Ocn sólo esto se daba por más que pagado de sus desvelos y trabajos, y la muchacha, que durante todo el tiempo de su ausencia, no había hecho más que pensar en el ingeniero, sintió que su cariño hacia él se acentuaba aún más todavía.

CUARTA PARTE

La victoria empujó al desierto hostil a una legión de desheredados que acariciaban sueños de hogar. Acudían a la pequeña población hombres de todos los países, deseosos de roturar un suelo que podía ser suyo después. Las casuchas de adobes, medio destruidas en el período de soledad y miseria, eran reemplazadas por edificios de ladrillos y Rubio City parecía renacer a una nueva vida.

Víctor continuaba en la presa, ultimando los trabajos para afianzar las obras, que hasta entonces sólo habían sido provisionales, y Bárbara, en su deseo de informarle de todo lo que ocurría en la ciudad, le escribía largas cartas diciéndole:

"La ciudad es otra completamente y esto realiza un férvido anhelo. El mundo entero

parece que se encamina hacia aquí. ¡Cuánto le tenemos que agradecer por el magnifico servicio que usted y el señor Greenfield han realizado!..."

Como el hongo brotado del suelo, la ciudad de Rubio City podía decirse que brotaba en el espacio de una sola noche.

Mas no en todos había desinterés. Greenfield, cuyo dinero ayudara a realizar lo increíble, aspiraba a reintegrarse mil veces de sus desembolsos, y para ello exigía cantidades enormes a cambio de unos cuantos litros de agua.

La magnitud de la empresa había sido de tal índole, que hasta el mismo Nueva York llegaron los ecos de la proeza y fueron varios los que llegaron para admirar de cerca la desviación del río y poder asegurarse de que, en efecto, aquella obra que había parecido de imposible realización se había llevado a cabo.

Hasta entonces, sólo habían sido señales de victoria lo que se había hecho; faltaba la prueba definitiva y, ultimados los trabajos, una comisión de financieros de Nueva York, Greenfield, Bárbara y todos los habitantes de la ciudad se trasladaron al lugar de la obra.

El día feliz en que el poderoso río despertaría a la vida los dilatados senos estériles de una tierra de promisión había sonado y todos esperaban con el corazón sobresaltado el

momento deseado de que Víctor diera la señal para abrir las esclusas.

Holmes corría de un lugar para otro dando órdenes precisas; parecía un hombre extrahumano, estaba en todas partes y no olvidaba el menor detalle que pudiera facilitar las operaciones.

Había visto a Bárbara acompañada de su padre; pero no había tenido tiempo de poder acercarse a la muchacha, que por su parte lo veía maniobrar sintiendo un orgullo interior, como si pensase que todo aquello lo hacía por ella únicamente.

Por fin, llegó el momento culminante y, rientes, saltarinas, portadoras de alegría, de esperanza, de riqueza, llegaron las aguas que serían jugo, savia, vida en flores y frutos y granos de oro.

De esta forma, la profecía de "El Vidente" pasaba de la abstracción de los sueños al contorno preciso de las venturosa realidades.

Bárbara, loca de alegría, abrazó a su padre y al "Vidente"; pero al dejar a éste se encontró de improviso entre los brazos de Víctor, y los dos enamorados, sin decirse una palabra, dejando hablar únicamente a sus corazones, se besaron apasionadamente.

Pero la prosperidad de que tanto se hablaba, sólo fué de un hombre ciego de codicia, insaciablemente sediento de oro. Era Green-

field, que, sin compasión alguna, explotaba a toda aquella gente, sin más fortuna que el pedazo de tierra que cultivaban. El trabajo de muchos meses de constante labor, apenas si daba bastante para acallar en un poco la ciega avaricia de Greenfield.

La miseria de algunas familias era entonces mucho mayor que la de antes y poco a poco, fueron muchos los que comenzaron a maldecir contra aquellos hombres, que en vez de haber mejorado su suerte, lo único que habían hecho era explotar su credulidad.

—¡En esta ciudad no hay más que ladrones! — exclamaban de vez en cuando los desgraciados que eran explotados por Greenfield.

—¡Y el más ladrón es Greenfield! — repetían otros. — Ni robando al público sacamos para pagar la enormidad que nos pone por el agua!

Victor, entretanto, ajeno al clamor de los habitantes, seguía concienzudamente terminando las obras, y una tarde, antes de marchar nuevamente al río, donde lo había enviado Greenfield, fué en busca de Bárbara para decirle:

—Buenas tardes, señorita Worth. Vengo sólo para decirle que no puedo venir a cenar como había prometido. Me mandan salir inmediatamente.

—¡Qué lástima! — se lamentó la joven—.



— Le ruego que no vuelva a accordarse más de mí en la vida.

¡Estaba haciendo este pastel, para usted precisamente!—y le enseñó el que llevaba en la mano.

Víctor quería terminar de una vez aquella situación, y hablando pausadamente, para ver el efecto que producían sus palabras en el ánimo de la joven, le dijo:

—¿Sabe usted que marchó muy pronto al Este... y que no quiero ir solo?

Una sombra entrusteció el bello semblante de Bárbara; pero pronto se rehizo y procurando disimular su dolor con una sonrisa, contestó:

—Bien, irá usted con otro pastel que yo le haga.

—Gracias, pero la dulce compañía llevar... es la de usted... ¿qué la perece?

La respuesta era ineludible. Víctor exigía una contestación inmediata y ella, para ganar tiempo y ver hasta dónde llegaba el amor que él le manifestaba, contestó:

—Usted comprenderá que esto... así... tan de repente...

—Está bien; no es necesario que se violenta usted ahora. De hoy en una semana volveré por su respuesta. ¿Tendrá usted tiempo bastante para meditar?

De buena gana le hubiera dicho Bárbara que ya hacía mucho tiempo que lo había meditado y que su corazón no esperaba otra

cosa sino que llegase este momento, el más feliz de su vida; pero hizo un esfuerzo y se abstuvo. Le tendió su manita a Víctor y se despidió de él diciéndole:

—Perfectamente. De hoy en una semana le contestaré.

La primera ingratitud de Greenfield fué separar de la inspección del dique a los hombres que le ayudaron a construirlo.

Eran éstos Andrés y su padre, quienes, en unión de otros trabajadores, se hallaban reunidos en la casa de Worth leyendo una carta que habían recibido de Greenfield y que decía:

“Debiendo cesar, según dictamen del señor Holmes, las obras de refuerzo del dique, ya prácticamente ultimado, me veo en la necesidad de prescindir de los servicios de ustedes.

“Les saluda muy atentamente.

“Compañía de Riegos,

“Jaime Greenfield, Presidente.”

—¡Ese intrigante de Holmes es el culpable de todo!—exclamó “El Vidente”.

—Holmes y Greenfield deberían morir linchados! ¡Son unos asesinos!

Bárbara había oído estas palabras y salió en defensa del hombre amado, diciendo:

—¿Por qué hablas así, Andrés?

—Porque Holmes sabe que el río está subiendo y hay peligro de una inundación que arrase la ciudad—contestó “El Vidente”.

—Padre le advirtió la necesidad de reforzar el dique—continuó diciendo Andrés— y por eso nos han despedido! ¿Te parece mayor infamia?

Toda la fe que había puesto en aquel cariño, rodó por tierra. Bárbara había creído, hasta entonces, en Víctor como en un ser superior; pero la acción aquella lo rebajaba a sus ojos, hasta sentir por él, sino desprecio, sí un odio mortal.

Antes de que la catástrofe sorprendiera a los habitantes de la ciudad, Worth dió la voz de alarma y fueron muchos los que, seguros de sus palabras, no dudaron en huir de la ciudad antes de que fuera demasiado tarde.

La caravana de Jerónimo Worth y sus amigos caminaba en busca de un nuevo y más seguro lugar donde instalarse, cuando se cruzó con Víctor, que volvía de nuevo hacia la población.

Quedó sorprendido al ver que se marchaba la familia Worth y sin poder adivinar la causa, le preguntó al primer hombre que pasó junto a él:

—¿Hacia dónde vais, Tomás?

El interpelado volvió la cabeza despreciati-

vamente, sin contestarle y Víctor tuvo que repetir la misma pregunta al que le seguía, de quien obtuvo la misma contestación que del primero.

Su extrañeza iba en aumento, cuando vió acercarse a Bárbara y a su padre. Llegó hasta donde estaba ella, y le dijo:

—¿Qué significa esto, Bárbara? ¿Por qué se va usted sin esperarme, como me prometió?

—Es que salimos de la ciudad para siempre—respondió la muchacha.

—Hable más claro, Bárbara—suplicó Víctor—. Mi amor por usted me da derecho a exigirle una explicación.

La joven se le quedó mirando un momento y luego, en tono despectivo, repuso:

—¿Su amor? ¡Usted sólo ama el dinero! ¡Y mi pobre alma tuvo la candidez de creer en usted!

—¡Por Dios, Bárbara! ¡Yo le juro que soy ajeno a cuanto haya podido pasar durante mi ausencia! Dígame, al menos, el motivo que tiene para tratarme con esa crueldad.

—No es necesario. De sobra sabe usted lo que pasa. Lo único que le ruego es que no vuelva usted a acordarse de mí en la vida. Yo le prometo que procuraré hacer lo mismo.

Víctor, con el corazón destrozado por el dolor y torturándose el pensamiento sin poder

adivinar la causa de la actitud de Bárbara y de los suyos, llegó a la ciudad y le preguntó inmediatamente a Greenfield:

—¿Por qué se marcha la familia Worth?

—Porque él y los suyos propagan mentiras sobre una avenida que destruirá la ciudad y los he despedido. Sin duda quería arruinararme y los arruino yo antes... ¡Así sabrán a lo que se expone quien lucha contra mí!

La indignación del ingeniero crecía a medida que oía hablar con aquel cinismo a su padre adoptivo, y cuando éste hubo terminado, exclamó:

—Worth y los suyos llevan razón. Los indios vaticinan la más grande inundación de la historia.

Greenfield, rojo de ira al ver que Víctor daba la razón a sus enemigos, no pudo contenerse y, olvidándose de lo que hasta entonces había sido para con Holmes, le dijo:

—¿Vas tú ahora a dar crédito a las patrañas de los indios?

—Aun suponiendo que sean patrañas, es necesario de todo punto consolidar los diques, si queremos evitar una verdadera catástrofe.

—¡Basta!—exclamó fuera de sí Greenfield, irritado por la oposición de Víctor. —¡Tú también quedas despedido!

Sin el menor deseo de evitar aquel despido, Holmes salió de la oficina de su princi-

pal, seguro de que no tardaría mucho en volverlo a llamar.

Convencido de haber perdido para siempre el amor de Bárbara y sin ningún aliciente que lo detuviera ya en aquella tierra, por la que tanto había trabajado, el joven ingeniero, con su bagaje de desilusiones, volvió de nuevo hacia el Este, sin pretender ver otra vez a la mujer adorada.

QUINTA PARTE

Depositario de la fe de sus adictos, Jerónimo Worth había fundado en el seguro de una alta planicie la ciudad de Barba, que contaba ya con un mes de existencia.

Pero su deseo de hacerla prosperar chocaba contra la muralla de inconvenientes que ocultamente le oponía Greenfield, influenciando sobre los blancos para que negasen a Worth los auxilios monetarios que solicitaba.

Este había invertido todo su pequeño capital en la construcción de aquella ciudad y finalmente había llegado el momento terrible de no poder pagar a los trabajadores, que se hallaban soliviantados ante el temor de no cobrar sus salarios.

Llegó el día señalado para pagar, y Jerónimo Worth, encerrado en sus habitaciones con

su amigo "El Vidente", le enseñó una carta que acababa de recibir del último Banco a quien había solicitado un empréstito, y le dijo:

—Otro Banco que me niega el empréstito que le pedía. ¡Greenfield me ha bloqueado en todas direcciones, y ni un solo salario podré pagar!

—No desmaye, amigo—intentó consolarlo Lee—. Cartwright, el gran banquero de Nueva York está en San Felipe y quién sabe si acudiendo a él...

—Lleva razón. Voy a tocar este último resorte. Si me falla, soy hombre irremisiblemente perdido.

Entretanto, Víctor Holmes, el tenido por enemigo, no podía olvidar a Bárbara y procuraba evitar en lo que le fuera posible los daños que indudablemente Greenfield pensaría hacer a Worth. Para ello se trasladó a San Felipe, la ciudad más próxima a Barba, y desde allí fué presenciando el curso de los acontecimientos, sin que desgraciadamente pudiera intervenir hasta entonces en favor del padre de su amada.

Cuando se enteró de que el banquero Cartwright se hallaba en la misma población fué a verle y le dijo:

—Me he enterado de que viene usted de vacaciones y vengo a ofrecerle el más soberbio

pasatiempo del mundo. Un deporte magnífico: luchar con el río Colorado y vencerlo.

Usted puede hacer tres cosas a un mismo tiempo; librar a un pueblo de la ruina, ganar millones y erigir un nuevo centro de civilización.

En aquel instante se presentó Worth, y al ver que Holmes se hallaba allí, creyó que éste había ido para intervenir con el banquero a fin de que le negase el crédito en caso de que se lo pidiera, y sin querer decirle el motivo de su visita, se excusó diciendo:

—Ya juzgo inútil mi venida, puesto que se nos ha adelantado el señor Holmes, nuestro enemigo.

—Se equivoca usted—respondió el banquero—. En contra de lo que usted cree, el señor Holmes me ha inducido a asociarme a ustedes y a adelantar dinero para la empresa.

Greenfield no dejaba de tocar todos los resortes que pudieran llevar a la ruina al pobre Worth, y había puesto un agente secreto en Barba, que se hacía pasar como un operario más, para no suscitar sospechas.

Cuando éste vió que los ánimos se hallaban un poco exaltados por el retraso del pago, procuró soliviantar a los operarios, y les dijo:

—Worth ha huído para no pagarnos. Destruyamos esta maldita ciudad y volvamos a Rubio City. De esta forma no se lucrará es-



—No es este el momento más oportuno para buscarme pendencia.

tramposo de Worth con el sudor de nuestro trabajo.

Poco a poco iba convenciéndolos, y cuando creyó llegado el momento, entró en la casa de Worth y le dijo a Bárbara:

—Señorita, los hombres, a pesar de mis esfuerzos por calmarlos, amenazan con quemar ia ciudad.

—Digales la verdad: que mi padre ha ido por dinero a San Felipe.

Tomás, ante la actitud de los trabajadores, creyó necesario salir a calmarlos, y dijo:

—Tendremos que explicarles alguna chirigota que los ponga de buen humor, hasta que vuelva Worth.

Y salió con Patricio para hacer lo que acababa de decir.

Bárbara creyó oportuno dar cuenta a su padre de lo que pasaba y lo llamó por teléfono.

Audió Holmes, y al oír la voz de Bárbara, un estremecimiento recorrió todo su ser.

—¿Ha olvidado usted ya, hasta el timbre de mi voz?—le dijo.

—Necesito hablar con el señor Worth—respondió la muchacha.

—¿Y por qué no conmigo?—volvió a decirle Víctor.

—Porque con quien quiero hablar es con mi padre únicamente—insistió la muchacha.

Se puso éste al aparato y le dijo:

—La gente amenaza con incendiar la ciudad. ¿Qué hago?

—Diles que ya he conseguido el dinero. Andrés Lee partirá inmediatamente con él.

—Dice mi padre que ya ha conseguido el dinero — exclama Bárbara, dirigiéndose al agente de Greenfield, quien, deseoso de anticipar aquella noticia a su amo, contestó:

—Voy corriendo a decírselo a los hombres para calmarlos.

Pero donde verdaderamente marchó fué a Rubio City, para dar cuenta a Greenfield del préstamo que había conseguido Worth.

—Worth ha conseguido el dinero que necesitaba, y Andrés Lee es el encargado de llevarlo hoy mismo a la ciudad.

—Hay que evitar que ese dinero llegue a Barba—exclamó Greenfield.

—Pierda usted cuidado, que no hay nada que temer. La banda de mi amigo el “Pimpollo” vaciará la cartera de Lee en el Desfiladero del Diablo.

Y dirigiéndose a otro de los compinches, le dijo:

—Tú sólo tendrás que indicar la aparición de Lee y dejar que con él se entienda el perfumado “Pimpollo”.

Y de esta forma Greenfield pretendía llevar hasta el final su maquiavélico plan de arruinar al pobre Jerónimo Worth.

Puestos de acuerdo Worth y el banquero Cartwright, entregó a éste la cantidad que le pedía el colono, el cual se la dió a su vez a Andrés, diciéndole:

—Toma, ves inmediatamente a Barba y que paguen a los hombres.

Un presentimiento inexplicable le hizo concebir a Víctor que alguna desgracia aguardaba al muchacho, y se ofreció a acompañarlo, diciendo:

—Yo iré con Andrés. Compartido el peligro, si es que lo hay, será menor el riesgo del viaje.

—Gracias, Holmes—exclamó Worth estrechándole la mano—. Perdone usted que haya dudado de su nobleza y honradez.

No era muy del agrado de Andrés la compañía del ingeniero. Influenciado por los celos, creía ver en aquel ofrecimiento un alarde de valor para enaltecerse ante los ojos de Bárbara, y así es que le dijo, cuando se preparaban a montar.

—Veo, Holmes, que quiere usted pasar por héroe ante Bárbara. ¿Se cree usted con resistencia bastante para los veinticuatro horas que hay que cabalgar?

Durante su corta estancia en Rubio City, Holmes pudo comprobar la antipatía que le tenía Andrés. En un principio no supo explicarse el motivo; pero no tardó mucho en comprender que lo que sentía aquel muchacho eran unos celos que lo consumían. Había creído en un principio que el afecto que unía a aquellos dos jóvenes era puramente fraternal y en ello, en su equivocación al analizar este sentimiento, halló alguna explicación a la actitud desdénosa de la muchacha. Sin embargo, incapaz de sentir ninguna idea inoble y pensando únicamente en salvar a Worth del con-

flicto en que se hallaba, a las palabras desafiantes del muchacho repuso tranquilamente.

—Andrés, no es éste el momento más oportuno para buscarme pendencia. Piense que de nuestra llegada depende la felicidad de la mujer que los dos amamos y la de toda su familia...

Como dos personas que nunca se han visto, o mejor aun, como dos irreconciliables rivales, marchaban el uno junto al otro, sin que durante todo el camino se dirigiesen la menor palabra. Cada uno iba sumido en sus pensamientos. Holmes, con el deseo de llegar cuanto antes a Barba, y Lee, martirizado por los celos, al ver que nuevamente aquel hombre se iba a interponer a la realización de su felicidad.

SEXTA PARTE

Las sombras de la noche iban desapareciendo tenuemente y el valle iba adquiriendo ese color rojizo que precede en aquellas tierras al amanecer. Poco a poco el sol se iba elevando en el espacio, oculto aún por algunas nubes, que pugnaba por romper con la luz de sus rayos las tinieblas que ensombrecían la tierra; cuando los dos jinetes entraron en el Desfiladero del Diablo.

Apostados a uno y otro extremo se hallaba la banda del "Pimpollo", dispuesta a secundar las órdenes de Greenfield.

Apenas entraron en la cañana, un certero disparo hirió a Andrés, que cayó de la cabalgadura, rodando por el suelo.

Víctor, sin preocuparse del peligro que él también corría, saltó de su caballo y se dirigió en auxilio de su compañero,

—¡Sálvese usted!—exclamó Andrés—. Coja el dinero y huya a la ciudad.

Holmes quiso obedecer hasta el final los nobles impulsos de su alma, y olvidando que se trataba de un rival, se lo echó a cuestas y lo introdujo en una de las concavidades de la montaña, para ponerlo a seguro de un nuevo disparo.

Los bandidos; al darse cuenta de que se les escapaba la presa, arreciaron en su tiroteo; pero sin atreverse a dar la cara francamente. Parapetado detrás de una peña, y teniendo siempre a su lado a Andrés Lee, Víctor hacía blanco con su pistola sobre los bandidos, hasta que una bala lo hirió en el brazo.

Todos aquellos hombres, que no les importaba la impunidad del delito, al ver cómo iban cayendo sus compañeros, abandonaron la empresa, excepto el "Pimpollo", que desde lo alto de una loma seguía disparando, con el fin de inutilizar a su adversario y apoderarse del dinero.

Apoyando una mano sobre la otra, Víctor disparó sobre el bandido, que cayó mortalmente herido al fondo de uno de los precipicios.

Dispersados los atracadores, cargó nuevamente con el herido y lo condujo a un lugar reservado, para hacerle la primera cura. Procurando hacerle el menor daño posible, rea-

lizó ésta y una vez terminada la operación, Andrés le suplicó:

—No se preocupe de mí, Holmes. Ya no hay que temer ningún nuevo asalto. Corra a entregar el dinero antes de que sea demasiado tarde.

En todo el día, Víctor no descansó más que lo estrictamente necesario para tomar algún alimento y dejar descansar un poco al caballo. Su angustia era enorme al ver que las sombras de la noche empezaban ya a dibujarse y todavía le quedaban cerca de dos horas para llegar a la población.

Entretanto, en Bárbara aumentaba el descontento la falta de noticias de Andrés Lee:

El agente de Greenfield, una vez que vió caer herido a aquél, corrió a Barba para seguir soliviantando a sus habitantes, con el fin de que incendiaran la población.

Cuando entró en la ciudad, vió la efervescencia que había y creyó que no era necesaria su intervención. De esta forma pasaría desapercibido y además, satisfacería sus insanos instintos, que le hacían desear la belleza de Bárbara.

Entró en la casa, cuando ésta estaba sola y le dijo, afectando una fingida humildad:

—La gente está muy excitada, señorita.

—Sí, ya sé que corren rumores de indignación.



— ¡Ya que usted no plensa hacerlo, lo haré yo!

—¿Rumores de indignación? Mucho más todavía, quieren incendiar el pueblo.

—Pero, ¡por Dios! hágales usted creer que Andrés viene en seguida con el dinero.

—Yo no puedo decir eso, porque no es cierto.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó Bárbara, asustada.

—Hay noticias de que Andrés Lee ha sido muerto por unos bandidos. La noticia ha llegado a oídos de los operarios y será inútil todo lo que hágamos. Lo mejor es que usted se encierre antes de que puedan entrar aquí.

—¡Jamás he huído al peligro!—respondió la joven con entereza—. Y si vienen, aquí me encontrarán.

—Entonces, ya que usted no quiere hacerlo, lo haré yo—contestó el miserable, cerrando la puerta e intentando apoderarse de la muchacha. Pero ésta, ágil como una ardilla, se escurrió de sus brazos y entró en otra habitación, por donde había otra puerta que comunicaba a la calle.

Corrió a ampararse de Tomás y de Patricio, sin sospechar que los trabajadores, teniéndolos por cómplices de Worth, los habían amarrado y se preparaban a ahorcarlos.

A lo lejos se divisó en aquel momento un jinete que llegaba a todo galope y Bárbara



—Andrés ha quedado herido en Coyote Wells ...

adivinó en él a Andrés. Un grito de alegría se escapó de su pecho y exclamó:

—¡Allí viene Andrés!... ¡Es Andrés, que viene con el dinero de la nómina!

Se volvieron todos hacia el lugar que indicaba la joven y vieron, en efecto, que el jinete avanzaba hacia ellos desenfrenadamente.

Algunos minutos después se presentaba Víctor Holmes, y después de entregarle el dinero a Bárbara, cayó al suelo, extenuado por la fatiga y por el dolor que le producía la herida que tenía en el brazo, diciendo:

—Andrés ha quedado herido en Coyote Wells... Que vayan a socorrerlo en seguida.

La acción de Holmes devolvió a Bárbara, sino el amor, que nunca había perdido, la confianza que en él depositara desde un principio.

Varios hombres salieron en auxilio de Andrés, y mientras tanto la hija de Worth curó la herida de Víctor, diciéndole:

—¿Le estoy haciendo sufrir mucho, verdad?

—Mucho—respondió él—pero no en la herida del brazo, en otra más honda.

—¿No me ha dicho que ésta es la única que tiene?—le preguntó Bárbara, sin querer entender el sentido que ocultaba la exclamación del ingeniero. Pero éste, decidido a saber de una vez si el amor de la joven le pertenecía, volvió a decirle:

—¡Bárbara, yo necesito que usted crea en mi amor! ¡Que crea que la adoro más que a mi vida!... Yo tengo que decirle a usted muchas cosas, para que vea que me ha juzgado algo ligeramente...

La muchacha no le dejó terminar y le atajó diciéndole:

—Todas esas cosas me las dirá usted cuando esté curado. Ahóra procure estar tranquilo; luego hablaremos de lo que usted quiera.

Los hombres que habían ido en busca de Andrés, volvían ya con el herido y Bárbara, al verlo entrar, se abrazó a él, besándolo frenéticamente.

Víctor presenció este acto y aquello le dió la certeza de que, efectivamente, Bárbara y Lee se amaban, tal y como él había sospechado.

Tuvo un desconsuelo infinito. Le pareció que la vida se había acabado ya para él. No podía dudar de que su desgracia era irremediable. ¿No había sido el beso de Bárbara a Andrés la sentencia de sus anhelos?

Mientras ella cuidaba la nuevo herido, se acercó a la puerta, y ante él apareció la figura de su padre adoptivo, que le dijo:

—Vengo por ti. Sé que has vuelto a esta tierra y no puedo permitir que vayas de un lado a otro, sin rumbo fijo.

—Te equivocas completamente. He fijado

mi residencia y estoy resuelto a no cambiar de ella.

Las palabras de los dos hombres llegaron hasta donde estaba Bárbara, que al reconocer la voz de Greenfield, salió a escuchar lo que hablaban.

—¿De modo que estás enamorado de Bárbara Worth? — le preguntaba en aquel momento Greenfield.

—Lo estoy; ella es la suprema aspiración de mi vida—repuso con apasionamiento Víctor.

—Y crees que un hombre de tu posición social puede casarse con una muchacha de ignorado origen, hallada casualmente en el desierto?

—Nadie pregunta a la flor quién la ha criado, y ella, en el desierto, era eso: una flor. Pero, descuida, no me casaré con ella...

Aquella afirmación llegó a oídos de Bárbara como si hubieran pronunciado la sentencia de su muerte y, sin fuerzas para seguir escuchando, entró de nuevo en la habitación de Andrés, sin poder oír a Víctor, que terminó diciendo:

.... No me casaré con ella, porque es otro hombre el que tiene la dicha de reinar en su alma.

Al día siguiente, apenas había amanecido,



— ¡Bárbara, yo necesito que usted crea en mi amor!

cuando varios hombres se presentaron en casa de Worth diciendo:

—¡Una nube imponente ha descargado sobre el río! ¡Las aguas rebasan el dique!

Víctor montó precipitadamente a caballo y salió hacia el lugar que amenazaba inundarse. Al contemplar la crecida de las aguas, los ojos se le arrasaron en lágrimas. Era su trabajo de varios meses, luchando contra la indómita corriente, lo que iba a ser destruido en unas cuantas horas. Nada ni nadie era capaz de detener su impulso arrollador. Todo aquello que él había creado, que había hecho pensando en Bárbara, iba a desaparecer, a quedar reducido a la nada, como había quedado su amor. Pero pronto se sobrepuso a la realidad de la situación, y gritó a los hombres que le acompañaban:

—Id vosotros a avisar a los ranchos. Yo iré a Rubio City a dar la voz de alarma.

En efecto, no tardó en presentarse en el poblado, recorriendo de un lado para otro sus callejones y gritando:

—¡El Colorado ha roto sus diques! ¡Huíd, por vuestras vidas!

—¡Salváos sin perder un minuto! ¡Se ha desbordado el río!

Los habitantes, sorprendidos por la terrible noticia, abandonaban sus hogares, enganchaban algunos sus carros y huían precipitada-

mente hacia donde les indicaba Víctor, que les iba diciendo:

—¡Corred hacia la meseta! ¡Dirigíos a Barba! ¡Allí está vuestra salvación!

La conmoción que produjo la noticia fué enorme. Nadie procuraba otra cosa que salvar sus vidas. Veían a larga distancia las aguas del caudaloso río, que se precipitaban sobre los campos, y comprendían que en la ilgerezza estaba únicamente su salvación.

Por la llanura que conducía a Barba, se veían en carrera desenfrenada una multitud de carros y jinetes. Cuando alguno caía, era inútil que pidiese auxilio. Nadie se detenía a socorrerlo. Era el verdadero egoísmo humano, que se olvida de todo para preocuparse únicamente de él.

Entre los que huían, se hallaba también Greenfield. Montado en un coche tirado por dos caballos, era el que ofrecía mayor probabilidad de salvarse de la catástrofe, desafiada por él mismo; pero indudablemente el cielo no podía permitir que quedase sin castigo aquella acción, y los caballos, desbocados por las voces y el constante fustigar de su amo, rompieron los tiros del coche y Greenfield quedó tendido en el suelo, a merced de las aguas.

Víctor Holmes, sin preocuparse del peligro que corría, seguía informando a todos, y cuan-

do tuvo la certeza de que nadie quedaba en el poblado, salió hacia el campo.

Durante el camino fué socorriendo a cuantos veía, se multiplicaba en todos los sentidos y muchos de los que necesariamente hubieran muerto con la inundación, gracias a él volvían a estar en condiciones de una posible salvación.

La subida del río seguía con más fuerza que al principio y, rotos los primeros diques, las aguas, sin sujeción alguna, se extendieron rápidamente por toda la llanura.

Seguía, copiosa en incidentes, la carrera desenfrenada de los fugitivos, cuya meta era la vida, y muchos de aquellos seres que habían ido a aquellas tierras en busca de un hogar para sus hijos, fueron víctimas de la ambición de un hombre sin corazón.

La impetuosidad de las aguas cesó la fin, y al día siguiente, en Barba, empezaron a llegar los primeros supervivientes de aquella catástrofe. Todos alababan la conducta de Víctor, proclamándolo su salvador. En el transcurso de unas horas, Holmes se sintió rodeado de una veneración por parte de los habitantes de uno y otro pueblo, como jamás hubiera él podido sospechar.

Bárbara oía los elogios que de él hacían todos, relatando sus actos de heroísmo y una alegría inmensa inundaba su alma.



—Todas esas cosas me las dirá cuando esté curado.

Entre los heridos que condujeron a casa de Bárbara, el Destino, siempre irónico y cruel a veces, se complació en que fuera precisamente Greenfield. Se hallaba derrotado, su cara, cubierta completamente de barro, lo desfiguraba por completo, y Tomás procuraba limpiársela con un paño; pero cuando se dió cuenta de quién era, tiró el trapo lejos de él y exclamó:

—¡Yo no te curo! ¡Bien te mereces todo lo que te ocurre!

Bárbara vió la acción de su amigo y le reprendió dulcemente, diciéndole:

—¿Por qué no cuidas a ese pobre hombre?

—Porque es Greenfield. Demasiado daño nos ha hecho para que ahora nosotros nos preocupemos por él.

—Eso no importa. Necesita de nuestra ayuda y hemos de prestársela—respondió Bárbara acercándose al herido para hacer ella lo que su amigo se negaba.

Incapaz de rencores malsanos, la joven iba a enfrentarse con el enemigo de su padre y de su dicha.

El ser más ayecto en el mundo tiene un momento en su vida de sincero arrepentimiento. Greenfield lo tuvo en aquella ocasión, impresionado por la bondad de Bárbara, a quien dijo:

—Pocos motivos, señorita Worth, tiene usted para quererme, lo sé. Tampoco aspiro a su indulgencia. Me basta, y se lo ruego, que haga usted justicia a Víctor. Usted le ha juzgado mal. El siente hacia usted un amor inmenso, aunque cree que sin esperanza.

—Todo el mal que nos ha hecho, se lo perdono de corazón, por la dicha que ahora produce. Yo también amo a Víctor con toda mi alma—exclamó Bárbara, loca de alegría.

—Entonces, corra usted antes de que se va-



Los dos amantes se estrecharon en un tierno abrazo.

ya. Deténgale y hágale ver que su amor es correspondido como se merece.

No se detuvo un instante Bárbara en pensarlo. Salió hacia la calle y vió a Víctor que, montado a caballo, les decía a varios hombres, que estaban dispuestos a seguirlo:

—Ahora es cuando empieza nuestra verdadera batalla contra el río. Tenemos que domarlo, que reducirlo a su lecho, para asegurar el porvenir de este valle.

Bárbara corrió hacia él y echándose en sus brazos, exclamó:

—Holmes, Dios le bendiga por las vidas que ha salvado y dé a la suya toda la felicidad que merece.

—Bárbara, mi felicidad, usted sabe bien que es imposible—respondió amargamente el ingeniero.

—¡Imposible, no! Tu felicidad, es la mía también, porque yo te amo, Víctor.

Y los dos amantes se estrecharon en un tierno abrazo, entre los vivas de los que lo presenciaban.

El glorioso sueño trocóse en realidad no menos gloriosa. El páramo abrasado fué tránsito del bíblico Edén. Floreció la nieve fragante de los naranjos y cuajó dulces granos de ámbar entre la esmeralda de las vides y en la prístina soledad del yermo brotaron pequeñas ciudades, como blancos nidos de palomas.

Y en el bello retiro de los esposos Holmes, bajo fulgores de un sol de ventura, amor cantó su himno triunfante y no tardó en sonreír el tierno fruto de la "Flor del Desierto".

FIN

Coleccione Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
1 El templo de Venus	M. Philbin
3 Sacrificio	Fay Compton
4 Las garras de la duda	Leda Gis
5 Ruperto de Hentzau	Lew Cody
6 El tren de la muerte	Cayena
7 La esposa comprada	Alice Terry
8 El juramento de Lagardére	G. Jacquet
9 Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
10 La princesa que amaba al amor	A. Manzini
11 La hija del Brigadier	Nora Gregor
12 La fiera del mar	J. Barrimore
13 La mujer que supo amar	Doris Kenyon
14 Fausto	E. Jannings
15 La que no sabía amar	A. Moreno
16 Una aventura de Luis Candelas	M. Soriano
17 Cuando los hombres aman	F. Dhelle
18 El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaicín
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Titánic	G. O'Brien
Fior del desierto	Vilna Banky

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

ACABAN DE PONERSE A LA VENTA

Verdadera interpretación de los sueños

Amena e interesantísima publicación,
por el Doctor en Filosofía y Letras

Fernando G. Mantilla

Precio popular: 25 CENTIMOS

*Nuevo Reglamento
de Foot-Ball - 1928*

Manual Práctico del Aficionado

Redactado y comentado por el crítico

A. López-Marqués, Derby

Precio popular: 30 CENTIMOS

Pídalos hoy mismo remitiéndo su importe en sellos de correo
y cinco céntimos para el certificado correspondiente, a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Todos los aficionados al séptimo arte leerán el ya famoso

Almanaque Biblioteca Films

1928

que, en sus páginas a dos colores, contendrá

Artísticas fotografías a todo color.

Biografías de artistas.

Novelas cinematográficas de recientes producciones.

Indiscreciones y secretos de los "estudios".

Foto-retratos a varias tintas sobre rico papel couché.

Portada a todo color.



Precio popular: 1 pta.